



ANDRÉS
PASCUAL
A MERCED
DE UN DIOS
SALVAJE



ESPASA

ANDRÉS PASCUAL

A MERCED DE UN DIOS SALVAJE



ESPASA  NARRATIVA

© Andrés Pascual Carrillo de Albornoz, 2018

© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: © CoverKitchen

Imagen de cubierta: © CoverKitchen / Cepa: cortesía
de JPEG Estudio / Justo Rodríguez

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B.17.583-2018

ISBN: 978-84-670-5271-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

1

Raúl oyó el ruido. Algo así como el chasquido de la madera en una hoguera. Se incorporó de súbito y aguzó el oído con la mirada clavada en la puerta.

Estaba oscuro.

Tras apartar la sábana, posó ambos pies en la tarima. Respiró al comprobar que el suelo seguía allí.

Unas noches atrás, había soñado que su cama estaba rodeada por un acantilado que terminaba en el centro incandescente de la Tierra. «Sólo ha sido un sueño —le calmó su padre, besándole la frente—, jamás podría ocurrir algo así». Pero no le creyó. También le había escuchado decir, mientras hablaba en voz baja por teléfono, que su hijo tenía once años, pero una cabecita de seis. ¿Qué quiso decir con eso?

Se puso en pie. Estaba tan delgado que ni siquiera hacía crujir las tablas. Como un aparecido. Eso murmuraron dos ancianas cuando le vieron jugar con la hija de la marquesita: esa niña preciosa no debería pasar tanto tiempo con el aparecido.

El frío del suelo trepó por sus piernas como una enredadera. Se le erizó la piel. Toda la bodega, incluida la vivienda, era una nevera.

De nuevo el ruido.

Esta vez también escuchó el lamento.

Enfiló despacio hacia el segundo piso. Cada escalón, un nudo en el estómago, blanca la punta de los dedos de apretar tan fuerte la barandilla. Miró al tragaluz. Había dejado de llover. Una vez arriba, se detuvo.

Silencio absoluto.

Un resplandor amarillento se filtraba bajo la puerta del dormitorio del abuelo Rodrigo. Caminó hacia allí evitando fijarse en el cuadro que presidía el pasillo, con San Vicente resistiendo en la cruz en aspa mientras sus torturadores abrían sus carnes con garfios de hierro.

Fue a mirar por la cerradura, por la que casi cabía su dedo meñique. En la lamparita de la mesilla parpadeaba una bombilla en forma de llama.

La puerta estaba abierta.

La empujó con prudencia...

Y vio la sangre.

Salpicaba el suelo, como en la pintura del patrón de los vlnateros. También vio un bulto de carne en una postura imposible.

—¡Abuelo!

El niño respiró de golpe todo el aire de la habitación. Se le abrieron los ojos y la boca hasta casi desencajarse, pero no acertó a gritar. Su garganta sólo era capaz de emitir aquel jadeo acelerado que desembocó en una especie de hipo.

Avanzó centímetro a centímetro hacia el cuerpo semidesnudo que yacía boca abajo, como si hubiera caído de bruces. Estiró el brazo buscando una zona de piel libre de sangre para tocarlo, pero la falsa vela crepitó de nuevo. Las sombras inundaron las paredes, retiró la mano aterrado y echó a correr escaleras abajo.

No quería escapar por la entrada principal, tal vez quien le había hecho eso al abuelo seguía allí, así que cruzó el corredor que conectaba el caserón con la sala de tinas. Sorteó los gigantes de roble, evitando resbalar por el suelo húmedo, y de allí siguió hasta la tonelería. A través de ella podría acceder al patio lateral y esconderse tras las pilas de tablones con los que fabricaban las barricas. Saltó unas duelas a medio curvar, pero no pudo evitar pisar una tira de chapa que latigueó como una serpiente y le hizo caer rodando hacia el agujero abierto en el suelo, por el que asomaban las llamas del

horno. Una boca abrasadora, como en su pesadilla, que terminaba en el mismísimo centro de la Tierra. Allá donde nadie le oiría gritar..

A unos centímetros del borde, el calor intenso le chamuscó las pestañas. Se apartó hacia atrás y volvió a ponerse en pie. Miró a un lado y otro. Por un momento, no supo dónde estaba. Al ver la puerta, corrió hacia ella y agitó el tirador arriba y abajo, pero estaba cerrada con llave. Sintió que el corazón iba a salirse del pecho mientras la bodega cobraba vida ante sus ojos. Las paredes se agrietaban. Martillos y sierras vibraban sobre los toneles.

Volvió sobre sus pasos hacia la sala de tinas. Los gigantes ululaban por los canillones de cobre. Dejó ir el cierre del portón, tiró con todas sus fuerzas para abrir una rendija y salió al exterior.

El aparcamiento de los vehículos de la familia estaba cubierto de hojas revueltas por la tormenta. Al abrazarse a sí mismo por la angustia notó que el pijama de *Star Wars* estaba helado y, sin embargo, sudaba. Se preguntó adónde podía ir. Al frente se extendían las viñas del abuelo Rodrigo, perdiéndose en la ladera del cerro. La oscuridad engullía la cima.

Entre las cepas, de repente, una figura.

Raúl ahogó un grito.

Tal vez fueran ramas. Miró mejor. No había duda. Era una figura humana con los brazos caídos y la cabeza cubierta por la capucha de una sudadera.

Quiso echar a correr, pero el miedo atroz corrió más que él y se introdujo en su mente, que comenzó a hincharse como un globo lleno de imágenes terribles. El abuelo tendido en la tarima. El lienzo del mártir desollado. El infierno que emergía por el agujero de la tonelería.

Incapaz de moverse, sentía los piecitos descalzos sobre la gravilla. El pantalón del pijama apenas se mantenía en su sitio, de tan flaco que estaba, y el temblor castañeteaba sus dientes mientras la figura se acercaba a pasos lentos sobre el suelo embarrado, entre las hojas ajadas por el pedrisco.

Cada vez más cerca.

Raúl sintió que se le dormían las manos. Tenía los ojos borrosos, pero no tanto como para no ver que la figura avanzaba hacia él.

Se hizo pis.

Más cerca.

Más...

2

Una semana antes

La carretera serpenteaba entre viñedos que se sucedían como las olas de un mar apacible. Nubes de acuarela, choperas que se contoneaban junto al río. En otras circunstancias, habría detenido el coche en el arcén y agotado la memoria de mi Leica con aquella paleta de colores. Pero si yo empezaba a estar cansado, no quería imaginar el calvario que aquel viaje estaría suponiendo para Raúl.

—¿Cómo vas, hijo? Te estás portando muy bien.

Se lo decía de corazón. Le había despertado a las seis de la mañana en nuestra casa de Tahíche, una localidad de Lanzarote próxima a Arrecife. Sin apenas darle tiempo a despegar los ojos ya le había hecho tragar su ración de pastillas del desayuno y tiraba de él hacia el aeropuerto para coger el vuelo a Madrid. Tras la espera en la T4, habíamos enlazado a Bilbao, donde alquilamos una caja de cerillas para llegar a La Rioja. Y, a pesar de todo, no había soltado una sola queja. Era como si entendiera que aquella escapada no era un plato de gusto para mí y quisiera echarme una mano.

Es un buen chaval.

Al girar la cabeza para dedicarle un guiño, pisé la raya lateral y tuve que corregir la dirección con un volantazo que tampoco calculé en su justa medida y me hizo dar dos tumbos de lado a lado de la carretera.

—¡Cuidado, joder! —me grité a mí mismo por encima de la taquicardia.

Raúl me miró más serio que asustado, agarrando con todas sus fuerzas el cinturón de seguridad. ¡No es culpa mía!, acallé. Estaba agotado. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que había dormido una noche entera.

Un campo de cereal. Entre las espigas se alzaba una hilera de postes eléctricos. Raúl bajó la ventanilla y sacó la cabeza. El aire en los ojos. Los entornó.

—¿Todo eso son pájaros?

Me incliné sobre el volante.

—¿En los cables? Son estorninos.

Como si me hubieran escuchado, de súbito alzaron el vuelo. Cientos de ellos batieron las alas para congregarse en una figura negra iridiscente que eclipsó el sol del ocaso. El niño contempló asombrado cómo cambiaba de forma, expandiéndose y contrayéndose como si la bandada respondiera a un cerebro único. Primero dibujaron un óvalo que se estiró como un gusano para después hincharse por el centro dando lugar a un caracol.

—Son como el humo.

—¿Cómo dices, hijo?

—El hechizo de la pantalla.

Se refería a la nube que Harry Potter utilizaba en los duelos como medida defensiva. ¿Cómo podía acordarse? Tras las crisis nocturnas que sufría dos o tres veces por semana —a temporadas aumentaba la frecuencia—, solía coger cualquier libro que hubiera por casa y le leía unos capítulos en voz alta hasta que cerraba los ojos. Habría jurado que en aquellas ocasiones no me escuchaba, que mi voz hacía las veces de un mantra, poco más que un murmullo en el que mi hijo se sumergía para dejarse llevar como un madero a la deriva hasta abandonar el reino de la tormenta.

—Esto no es magia. Al menos, no de ese tipo. Cada ave cambia su curso y velocidad siguiendo a seis compañeras a las que nunca pierde de vista. Por muy rápido que vuelen, se

mantiene a menos de un metro de ellas. ¿Puedes creerlo? Y cada una de esas seis está enlazada a su vez de forma invisible a otras tantas. Así es como tejen esa red que cubre el cielo. ¿Qué te parece?

No respondió. Tal vez no había entendido una palabra, pero me gustaba hablarle como si fuera un adulto, por mucho que la nueva terapeuta opinase que era un error. Le convenía saber cuanto antes que en el mundo no tenían cabida los encantamientos. Nadie era capaz de cambiar las cosas con un conjuro...

¿O sí?

Pensé en la llamada que nos había conducido hasta allí. Mi interlocutor —el oficial de una notaría de la zona— me pidió de forma protocolaria un par de datos personales para confirmar que yo era quien decía ser antes de darme la noticia: «Doña Agustina, la abuela de su hijo, ha fallecido».

Aquella frase trajo una nueva luz a nuestras vidas, por insensible que pudiera parecer la afirmación. Pero no quería ilusionarme demasiado. Ya me había ocurrido otras veces. Sin ir más lejos, cuando nació Raúl. Apenas vislumbré el mundo desde lo más alto, la maldita montaña rusa inició el descenso en picado.

El caracol se transmutó en seta —tal vez era una medusa— y al poco tornó en un corazón. Raúl dibujó una sonrisa abierta y señaló al cielo. Pero para cuando volví a inclinarme, la red de alas y gorjeos había adquirido la forma de una calavera.

Cerró los ojos y se reclinó en el asiento. Yo me concentré en los carteles indicadores.

«San Vicente de la Sonsierra, tres kilómetros».

Por fin...

Lo atisbé desde la lejanía. Alzado en un cerro, coronado por una imponente iglesia y las ruinas de un castillo de otros tiempos.

Había reservado habitación en un hotel rural en el corazón de la localidad. Podríamos haber ido directos a la bodega de

mis suegros, pero cuando planeé el viaje decidí que sería mejor enfrentarme a esa situación descansado. Don Rodrigo —al parecer, todo el mundo ponía el don por delante cuando se dirigían a él— debía de ser un hombre extremadamente difícil de tratar y nunca nos habíamos visto cara a cara. A decir verdad, no habíamos intercambiado una sola palabra hasta que le remití el mensaje preguntándole si podíamos reunirnos el lunes a mediodía para discutir los asuntos pendientes.

«He esperado once años para conocer a mi nieto, así que me va bien en cualquier momento», había contestado él.

Cuatro curvas pronunciadas nos proyectaron a una altitud desde la que se dominaban los campos de media comarca, con los meandros del Ebro culebreando entre viñedos peinados a raya. Pasamos junto a un restaurante cuyas ventanas circulares, que en realidad eran la boca de una barrica, daban un adorable toque de sofisticación a aquel universo tradicional. Un poco más adelante, en la cuesta de subida a la fortaleza medieval, esperaba nuestro alojamiento.

Detuve el coche al ralentí para asegurarme de que coincidía con el de la web de reservas. Una casona de trece habitaciones bautizadas con vocablos del mundo vitivinícola. Mi tarjeta de crédito agonizaba, por lo que, aunque el hotel tenía un precio razonable, habría sido mejor buscar algún albergue para mochileros. Pero era la primera vez que salía de viaje con Raúl en sus once años de vida y no iba a privarle de dormir, siquiera una noche, en una habitación bonita. Confié en que el reino de la tormenta nos diera una tregua y apagué el contacto.

—¡Fin de viaje!

No hizo muchos aspavientos. Se quitó el cinturón con un resoplido de alivio y salió aferrado a su inseparable balón de cuero. De un tiempo a esa parte, el fútbol era su única prioridad. No sólo la pelota, también el álbum de la liga o las equipaciones oficiales, como la camiseta de la Unión Deportiva Las Palmas que me pidió para su cumpleaños. Sólo se la quitaba para pasarla por la lavadora y, durante ese rato, no se se-

paraba del aparato. «Mira cómo gira», decía sin apartar los ojos; y a mí me angustiaba la mera posibilidad de que estuviera contando las vueltas del tambor. Una, dos, tres, cien mil. Al menos ese deporte era una obsesión que favorecía su integración, más llevadera que la de aquel compañero de la asociación que pasaba horas haciendo pompas de jabón, resguardándose en el interior de ese mundo de fantasía que sólo duraba un par de segundos antes de quedar reducido a un charco resbaladizo.

Saqué la maleta, rogando para que Raúl no le arrease una patada al balón y lo mandase cuesta abajo.

Entonces vibró el móvil.

Llamada oculta.

Me estremecí. Sabía bien de quién se trataba. Fui a rechazarla, pero eso habría puesto de manifiesto que yo no quería hablar. Así que lo dejé vibrar. Una vez, y otra, y otra. El zumbido me sacaba de quicio. Raúl me dedicó una mirada de extrañeza y siguió en su infructuoso empeño de dar al balón tres toques seguidos sin dejarlo caer.

Otro zumbido, y otro.

Silencio.

Por fin...

Apenas me había dado tiempo a cerrar los ojos y respirar hondo para recuperar la calma, entró un mensaje:

«Sé que estás ahí».

Lo cerré como si quemase.

Al momento, otro:

«El interés acaba de subir un quince por ciento más. Tienes tres días».

Pasé la mano por mi cara, nervioso. Las cosas se estaban poniendo muy feas. Necesitaba terminar cuanto antes lo que había ido a hacer. ¡Cuanto antes!

Guardé el móvil en el bolsillo y, al instante, empezó a vibrar de nuevo. Se me saltó el corazón, aunque en esta ocasión no tenía motivo para preocuparme. La pantalla mostraba la identidad de mi interlocutor: Tacoronte. Era el director de *El Día de Lanzarote*, el periódico regional para el que trabajaba.

Llevaba años en plantilla. Formaba parte del departamento de investigación, una denominación un tanto grandilocuente si se tenía en cuenta que lo componíamos mi compañero Jonás y yo. Cubríamos pequeñas tramas regionales de corrupción inmobiliaria, conflictos del sector turístico... Los clásicos asuntos turbios que alimentaban las páginas locales. Pero la mayor parte de los días cumplía mi horario como reportero gráfico. Una labor estresante y mal pagada, pero que al menos me permitía vivir de la fotografía, mi gran pasión, mientras llegaba el momento de exponer las instantáneas más personales que almacenaba en el cuarto oscuro de casa. «A ver si vas a ser un Robert Capa y yo sin saberlo», ironizaba Taco cuando quería tocarme las narices con esa supuesta exposición que nunca me decidía a montar. Para ser mi jefe, disfrutábamos de una especial empatía, pero cuando empezaba a sermonear me sacaba de mis casillas. Ni más ni menos que lo que iba a ocurrir en cuanto pulsase el botón verde.

—Dime.

—¿Dónde estás?

—Supongo que ya te habrán dicho que he salido de la isla.

—¡*Muyayo*, no terminaba de creérmelo! —Arrastraba las palabras como si hablar le supusiera un tremendo esfuerzo—. ¿De verdad me has dejado tirado justo esta semana? Mañana es el congreso de hoteleros. Más de la mitad nos compran publicidad y quieren tus fotos para la separata.

—Yunay me cubrirá hasta que vuelva.

—No me gusta Yunay.

—Dejó el sindicato hace un par de meses, si es por eso.

—Al final, tendré que echarme al cuello una cámara y hacer el reportaje yo mismo, ya lo estoy viendo.

—No te pongas trágico. No te he pedido nada en no sé cuánto tiempo.

—¿Estás de vacaciones?

—Lo dices como si te molestase.

—No te enciendas, hombre. Como siempre te quejas de que no tienes un duro...

Porque no me dejas hacer ni una mísera boda con eso de la nueva cláusula de exclusividad, fui a decir. Pero le confié:

—Ha fallecido la abuela de Raúl.

—¿Tu madre?

—No, la de Vega.

—Vaya, lo siento.

—Ni él ni yo la conocíamos. Cuando Vega se mudó a Lanzarote, cortó toda relación con su familia. Ni siquiera fueron a su entierro.

—No lo sabía.

—Fue ella quien lo quiso así.

—Pues si era su voluntad... Y ¿a qué vas entonces tú allí?

—A resolver el papeleo de la herencia. —Unos instantes de silencio, como si se hubiera cortado la línea—. Mi hijo tiene derecho a la parte que le habría correspondido por ley a su madre.

—Que no te lo cuestiono, Hugo. Al revés.

—Mira, yo no sé lo que habría hecho Vega si viviera. —Me exalté por su condescendencia, dejando que las palabras salieran de mí en cascada—. Supongo que habría renunciado a todo. Pero ella ya no está. Hace muchos años que no está.

—Sé que todo esto no es fácil para ti, así que te agradezco que te abras a mí de este modo. Sabes que me tienes para lo que necesites.

—Por eso te lo cuento —dije, más calmado.

—¿Le toca algo sustancioso?

—La difunta ha nombrado heredero único a un hermano adoptivo de Vega, pero a Raúl le queda la legítima estricta.

—¿Y cuánto es eso?

—Joder, Taco, ni que fuera para ti.

—Oye, que ya sabes por qué te lo pregunto.

—Una sexta parte de la bodega familiar.

—Espera, ¿hablas de un almacén lleno de botellas?

—Más bien de una empresa de elaboración de vino.

—¡No me digas!

—La familia de mi suegra lleva casi un siglo embotellando con su propia etiqueta. Finca Las Brumas, se llama.

—¿En qué zona está?

—En La Rioja.

—¡Muyayo! Con que tenga esa denominación de origen, ya vale dinero. Me alegro por ti.

—La herencia no es mía, es de Raúl.

—Que sí, que sí. Pero ¿qué vas a hacer con una participación en una bodega? ¿Sabes algo de vinos?

—¿Tú qué crees que voy a hacer? Cuando firmemos los papeles, negociaré con el tío de Raúl para que nos pague el valor de nuestra porción y nos olvidaremos de ellos para siempre.

—Cuidado con los godos, no te vayan a liar. Si te hace falta el abogado del periódico, le digo que te llame.

—Tengo a alguien aquí que se está ocupando, pero gracias.

—Aunque me dejas tirado con ese sindicalista de Yunay.

—Te cuelgo, Taco, que se me escapa el niño.

—¡Espera! —oí cuando me disponía a apagar—. Me ha dicho mi secre que han llamado ocho veces al periódico preguntando por ti. A ver si pones orden, que vas a colapsarnos las líneas.

—¿Quién era?

—No ha dejado nombre ni número de teléfono. Lo único que dijo el de la centralita es que parecía extranjero.

De nuevo ese estremecimiento.

¿Cómo habían sido capaces de llamar a mi trabajo?

—Ya me ocuparé, que ahora no puedo hablar.

Colgué y me aseguré a toda prisa de que no había recibido nuevos mensajes.

Resoplé.

Raúl estaba agachado, observando el suelo de cerca. Fui a dispararle una foto. Apretar ese botón me relajaba más que nada en el mundo. Mientras enfocaba, vi a través del objetivo que mi pequeño tocaba con el índice lo que resultó ser un estornino muerto. Su plumaje moteado con el tono marrón que revelaba su juventud, truncada por algún movimiento equivocado.